

LA FIESTA DE LA LETRA

J. CORREDOR-MATHEOS

NOS servimos continuamente de la letra, como vehículo de comunicación cultural, y, absorbidos por el mensaje, no advertimos los valores propios del medio: la Letra. Es decir, esto es lo que ocurre habitualmente, y sin duda *debe ser* así, para que los procesos del lenguaje se desarrollen adecuadamente. Pero, en ocasiones, los signos de que nos servimos, el alfabeto, quedan por una razón u otra destacados: hemos cambiado el enfoque visual, y las letras quedan recortadas en primer término, sobre un infinito borroso, de modo que nos parece verlas como por primera vez. Se trata de una operación que hay que realizar a menudo, y que puede ayudarnos a profundizar en los significados, de los cuales la letra es tanto una encarnación como polo de un circuito en relación dialéctica.

Se acaba de presentar en Barcelona una importante exposición titulada "La Festa de la Letra", que aspira a ofrecer —como se manifestaba en la convocatoria— "un homenaje a ese lugar común conformado por la letra, los alfabetos y el lenguaje escrito en su aspecto plástico, así como también resaltar su relevancia y actualidad como parcela de creatividad". Para esta manifestación, los organizadores, Gloria Moure y Joan Rabascall —apoyados por un eficaz equipo—, se han inspirado, como hacen constar en el catálogo, en la exposición de semejante título que se celebró en París hace dos años. Su propósito ha sido el de abarcar el panorama de la manera más amplia: la tipografía, la caligrafía, nuevos alfabetos, diseños gráficos y

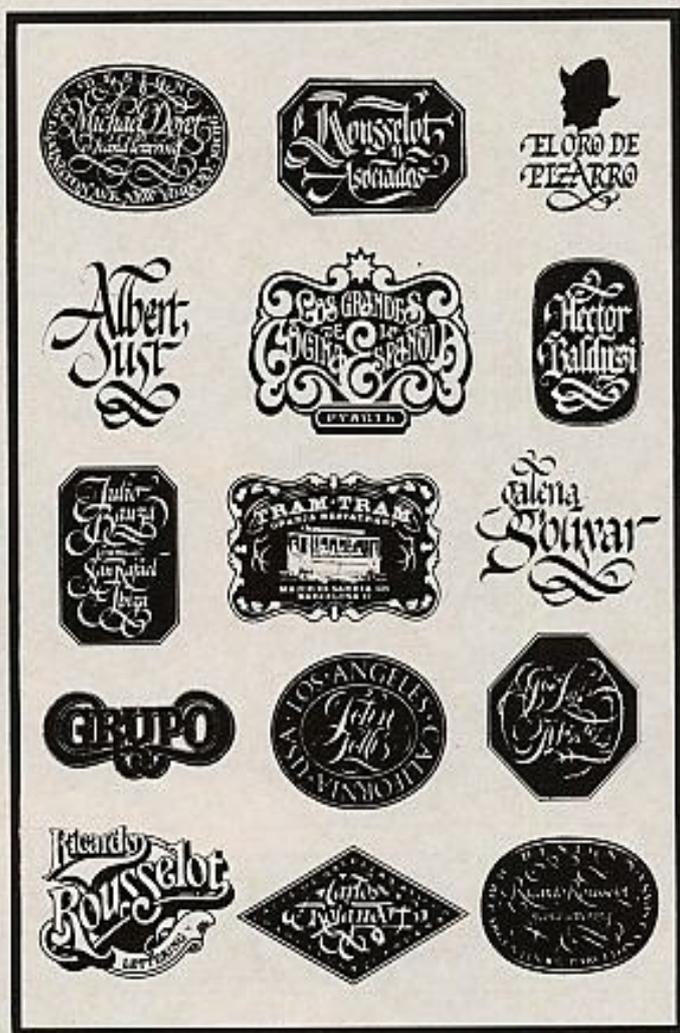
logotipos, así como creaciones plásticas, pinturas, dibujos, esculturas, objetos, poemas visuales, trabajos infantiles y otras obras de difícil

de Wittgenstein, proviene, sin perder la esencia de la figuración, la escritura alfabética. Este conjunto de letras sueltas, alfabetos y composicio-

vehículo comunicativo, entra dentro de la tendencia de destrucción de los lenguajes en que parece empeñada la cultura actual: aislarla es romper, no sólo el lenguaje como discurso, sino también el átomo que ella misma, la letra, constituye.

Una vez inmerso el espectador en este bosque de signos no dejará de tener en cuenta la intención con que está hecho cada uno de ellos. La creación plástica reclamará, y alcanzará a menudo, plena libertad. La Letra puede llegar a ser no sólo punto de partida, sino puro pretexto formal, aunque en ocasiones el peso descansa en el contenido. Cuando se trate de diseño gráfico, la función a que la Letra va dirigida supone un compromiso al cual el creador no puede sustraerse. En medio de tanto lucimiento personal en perjuicio de la claridad, y en última instancia de la funcionalidad, resulta aleccionador leer en el catálogo la siguiente afirmación, que debería ser obvia: "La tipografía tiene una misión indiscutible e inequívoca: la transmisión clara de información escrita". Para su autor, Ives Zimmermann, la creencia de que "el impreso que no puede leerse es un producto sin sentido" establece el límite del interés que, como diseñador, siente por la formalización visual del lenguaje. Márgenes que, en realidad, crean un campo muy vasto, capaz de una enorme variedad, como demuestra esta exposición.

La preparación, recogida de material y montaje ha supuesto sin duda un esfuerzo. Para ello, según nos consta, se ha dispuesto de unos recursos muy limitados, aunque



clasificación. Cerca de trescientas, en total, de autores de diversos países, exhibidas en las galerías Joan Prats, Sala Gaspar, Ciento, Eude y Barcelona Centro de Diseño.

El conjunto es de una riqueza y un interés insospechados. Como si todas las posibilidades del hombre pudieran manifestarse a través de esos signos convencionales, herederos de una escritura jeroglífica de la cual, al decir

realizadas por artistas plásticos o por diseñadores gráficos, imágenes en que la letra lo es todo o un significativo complemento, esta caligrafía inequívoca y unívoca o ambigua, esta calidoscopia y multiforme variación de unos mismos signos se diría que son la cultura misma: su rostro, con toda la profundidad de la superficie y la piel. Presentar la letra así, haciendo abstracción de su función de



la colaboración de diversas personas y entidades ha sido entusiasta. El resultado merece ser destacado, por diversos conceptos: por el contenido mismo de la exposición y las reflexiones que suscita, y también por lo que tiene de ejemplar iniciativa cultural.

Con motivo de esta exposición se ha editado un catálogo, de cuidadísima presentación, con textos de diversos autores, en versiones catalana, castellana e inglesa, que estudia el tema de la Letra desde distintos ángulos. Hay que citar, aún dentro del marco de la Fiesta de la Letra, el recorrido por Barcelona trazado por el poeta Joan Brossa: una visión insólita, que ha llevado a más de un centenar de celebrantes de la Fiesta, en dos autocares, por el siguiente itinerario: Mercado de La Boquería, Gran Teatro del Liceo, tienda El Ingenio —dedicada a la industria artesanal de maniqués y artículos verbeneros—, escollera del puerto de Barcelona —donde fue representada la obra del de mimo *L'Aperitiu* de Albert Vidal and Cia.—, servicio municipal del Tibidabo donde se recogen los perros abandonados, cena en la cumbre de dicho monte y paseo por el tren aéreo, Palacio de la Música —antiguo Mercado del Borne—, donde se presentó un número de faquirismo y, finalmente, despedida en la estación de Francia. Cierre de la Fiesta de la Letra, en el cual la palabra desaparece para dejar paso a la acción. ■

ESTOS, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora / campos de soledad, mustio collado, / fueron un tiempo Itálica famosa...

—También ahora, ¡oh Critilo! Famosa por sus ruinas.

—Fabio, si tú no lloras pon atenta / la vista en luengas calles destruidas; / mira mármoles y arcos destrozados; / mira estatuas soberbias, que, violenta, / Némesis derribó, yacer tendidas...

—Lo siento —dice Fabio—, pero las ruinas no me ponen triste. Me parecen un buen pretexto para la poesía, pero no para una poesía lacrimógena, sino serenamente nostálgica, noblemente mitificadora. El tema del tiempo ido y la fugacidad de las cosas resulta más punzante si se emplean referencias a la medida del tiempo individual, si se habla del paso de los años o las estaciones más que

del transcurso de las edades o las eras y, por consiguiente, de ruinas como las de Itálica. Jorge Manrique nos conmueve más en aquellas estrofas que tanto entusiasmaban a Juan de Mairena, y en las que el poeta se pregunta por seres desaparecidos de su infancia ("¿Qué se hizo el Rey don Juan?", etc.), que en aquellas otras en que evoca a los godos o a los troyanos ("Que sus males no los vimos, ni sus glorias"). El tema de las ruinas clásicas me parece, por tanto, más acorde con el espíritu del Renacimiento que con el del romanticismo, aunque se dé el caso de que hayan sido precisamente poetas románticos como Hölderlin o Keats quienes más bellamente las han cantado. De los españoles, prefiero a todos esos elegiacos y retóricos versos de Rodrigo Caro la honda nostalgia, la serena evocación de un Luis Cernuda en *A las estatuas de los dioses*. Pero, bueno, Critilo, ¿por qué esta ocurrencia tuya de que nos demos hoy un paseo por Itálica?

—Quería que nos olvidáramos un poco de los *ayatollahs* romuleanos, los que se empeñan en descubrir en todo y a todo trance las raíces árabes o moriscas de nuestra cultura bética. Quería también hacerte una pregunta: ¿dónde te sientes más en tu casa, entre estas ruinas o en el Patio de los Naranjos?

—Me siento hijo de Romúlea, pero ciudadano del mundo, si es eso lo que quieres saber —dice Fabio—. No me interesa el cuento chino de las nacionalidades. Con todo mi respeto para el autogobierno de los pueblos y para las culturas y lenguas autóctonas, claro está.

—A mí lo que no me interesa es comulgar con ruedas de molino —dice Critilo—. Estoy convencido de que Andalucía es, histórica y étnicamente, una parte de Castilla. Tras la conquista o reconquista, expulsados casi totalmente los musulmanes del valle bético, la repoblación del siglo trece se hizo con gentes venidas del centro, del Norte y de más allá de nuestras fronteras, como observa el historiador romuleano Domínguez Ortiz. Nosotros somos los descendientes de aquellos conquistadores y colonizadores. Del

pasado musulmán quedaron algunas huellas, ciertas técnicas artesanas, muchas recetas de cocina y... poco más. En la nueva Andalucía bética, la población musulmana no pasó nunca, según Ladero Guesada, del uno por ciento de la población total, a enorme distancia de las grandes concentraciones de "moros" propias de los reinos de Aragón y Valencia. Siglos después, la repoblación del reino nazarí se realizó preferentemente, tanto a raíz de la toma de Granada como

tras la expulsión de los moriscos en tiempos de Felipe III, desde Andalucía occidental. De esta manera, como afirma el primero de los historiadores citados, la unidad étnica entre las dos Andalucías quedó completada. Y la lingüística también, añadiríamos nosotros. Esta unidad no nos viene, pues, fundamentalmente, de los árabes ni de los moriscos, sino que es el resultado de migraciones

más próximas. Por eso, frente a los que levantan la bandera de al-Andalus como enseña del nacionalismo andaluz, he querido que hagamos hoy el gesto simbólico de darnos un paseo por la Bética, por las calles de Itálica, y frente a los que creen que el habla andaluza es poco menos que un dialecto del árabe, sostengo que el andaluz es latín, un latín más evolucionado que el que se habla en Castilla, y te invito a seguir esta plática en latín.

—La seguiremos en el latín evolucionado de la Bética, si no te importa —dice Fabio—. ¿Qué piensas, Critilo, de los paisanos nuestros que se empeñan en pronunciar a la castellana?

—Que ellos se lo pierden —dice Critilo—. Las lenguas evolucionan, ya sabes. Yo, para tener que regresar al sistema fonológico del castellano actual o del castellano del Cid, preferiría volver al latín de Augusto. Pero también en esto Andalucía es Castilla, y el andaluz es, sobre todo, castellano, una evolución *in situ*, como ya señaló Américo Castro, de la lengua traída por los conquistadores en el siglo trece.

—Que era un latín poco evolucionado y algo rudo.

—Especialmente rudo —dice Critilo—. Con lo cual se demuestra por otro conducto lo que ya sabemos: que Andalucía, sin mengua de su originalidad, sigue siendo hoy una parte de Castilla y no una parte de Marruecos o de Arabia Saudita. Somos, nos guste o no, nos convenga o no, se diga o no en el estatuto, hijos de Castilla y, por ende, nietos de Roma. Esta es la razón por la que hemos venido hoy a pasear por la Bética y a platicar en latín. *Angulus ridet. Et campos ubi Itálica fuit...*

En los campos donde Itálica fue, sonreían el lugar y la hora. Era el atardecer de otras veces. La fuerza antigua y suave del sol fluía aún desde la colina idéntica. Como al alba de entonces, los olivos hacían flotar sus hojas. Fabio y Critilo iniciaron el regreso a la ciudad, y el eco de sus pasos resonó de nuevo entre las viejas piedras, junto a nobles frases de la lengua antigua. ■

De paseo por la Bética

JOSE MARIA VAZ DE SOTO